

Regreso

Carmelo M.B.



Image not found.

Capítulo 1

El cristal cayó en su mano con un brillo tenue, como si el poder que contenía dentro simplemente dormitara. Era cálido al tacto, ajeno al frío que habitaba en el templo y helaba el cuerpo de Alban.

Acarició el cristal mientras esperaba que la sensación de desconcierto se transformara en algo que pudiera entender. No fue sino hasta que lo guardó en la bolsa de su cintura y descubrió que estaba llena, que empezó a unir las piezas.

«Entiendo», pensó interpretando lo que veía a su alrededor.

En otro momento de su vida, habría tenido miedo por lo que estaba haciendo. Un simple cristal podría ser motivo suficiente para la expulsión de la orden. Una bolsa llena... bueno, por algo ese tipo de magia estaba prohibida.

Justo encima de su cabeza estaban las ruinas que habían formado el templo al dios Telic. El tiempo y las guerras lo habían saqueado hasta sus cimientos, dejando solo la parte más oculta y escondida: la cámara de los sacrificios.

Caminó contemplando el lugar. Las antorchas ardían con llamas que nunca se apagaban, ni eran afectadas por las débiles brisas de viento que provenían de la puerta abierta y que alejaban el terrible olor a muerte. La cámara estaba construida en forma de semicírculo, con paredes de piedra llenas de restos humanos. Sacrificios al dios para el que había sido creada: Telic.

Cuatro décadas antes, su cuerpo joven había sentido asco. Ahora mismo simplemente lo veía como un detalle más de la maldad que se extendía por el mundo.

-Nos acostumbramos a todo, ¿verdad, amigo? -dijo deteniéndose.

Unas piernas esqueléticas bloqueaban su paso. La ropa que las cubría, con los símbolos de los Kra, estaba desgarrada, sucia y corrompida por el tiempo. Era difícil identificar a quién habían pertenecido, aun conociendo a su propietario. Sin embargo, Bo'kol tenía una costumbre que lo hacía inconfundible incluso muerto.

Alban se agachó hasta recoger una de las pequeñas, pero largas agujas que apuntaban a todas direcciones. Habían estado clavadas en carne y ahora yacían olvidadas para siempre. Nunca entendió el ritual de las agujas, le parecía una soberana estupidez. Siempre discutían sobre su importancia.

-Supongo que te debo una disculpa -dijo depositando la aguja en el suelo.

Alban no se molestó en buscar el resto del cuerpo. Con una mínima parte bastaba.

Sacó un cristal transparente y lo depositó al lado. Sabía que ya lo había hecho antes, tenía una bolsa llena de pruebas, pero la sensación era de primera vez.

De su bolsillo, sacó dos monedas y las depositó suavemente entre las

piernas. Una era de plata y la otra de oro.

-Te prometí que te pagaría y aquí la tienes, con cuarenta años de intereses -dijo animado, luego se puso serio y se rascó la cabeza nervioso-. Cuidé de tu hijo hasta que cumplió dieciséis años. Le enviaba dinero y regalos como si fueras tú.

Alban sonrió al recordar.

-Le envié un libro, sobre fauna y flora. Pensé que, como vivía en una gran ciudad, le entusiasmaría algo a lo que no estaba acostumbrado. Al año siguiente, desapareció y no volví a verlo en casi dos décadas.

»Cuando decidí que iba a venir, lo busqué por todas partes hasta encontrarlo en los bosques de Ryshanalar enseñando sobre las criaturas del bosque. Tiene cinco hijos.

»¿Me has escuchado, Bo? -preguntó a los huesos-. Kar' til sigue vivo. Tu familia sigue viva y ha prosperado. Ya puedes descansar, amigo mío. Gracias, por... por salvarme.

Cuando los anillos centellearon, también lo hizo el cristal.

Las imágenes flotaron saliendo de su cuerpo como un enjambre de murciélagos escapando de una cueva.

Recuerdos de dos niños jugando juegos de adolescentes; de dos adolescentes alistándose en guerras para hombres; de dos hombres compartiendo días y noches, emociones y promesas, y de uno solo protegiendo el cuerpo del otro de un golpe mortal.

Alban cerró los ojos para contener el llanto y apretó los puños.

De pronto, nada tuvo sentido. Ni la pena que sentía, ni las uñas clavadas por la fuerza de sus manos, ni la lágrima que corría por su mejilla. ¿Por qué lloraba? Alban observó su alrededor intentando recordar el propósito de estar allí. La sensación de extrañeza lo llenó hasta que observó el cristal de su guantelete.

Lo guardó en la bolsa de su cintura y descubrió que estaba llena.

«Entiendo», pensó interpretando los huesos repartidos a su alrededor. No podía saber cuántos eran en realidad, había muchos, quizás demasiados. Intentó recordar qué hacía en ese lugar. El motivo real de todo ello. Su memoria necesitó viajar muy atrás para poder recuperar algo de cordura. La decisión no había sido algo de un día para otro sino más bien un proceso que se había fortalecido con los años. Pero desde que había decidido hacerlo, tenía una oscuridad en su mente. Ni siquiera recordaba como había llegado allí. La magia también se alimentaba de los recuerdos cercanos a la invocación.

Alban miró el altar. Elana lo esperaba.

«Ya la he hecho esperar demasiado», pensó.

El altar era una losa de piedra elevada varios metros con unas escaleras que lo rodeaban. Era grande y amplio, con paredes que subían de forma vertical desde tres de sus caras. Allí estaban los pasajes de Terit, despidiendo una ligera neblina escarlata que caía lentamente al suelo. Y también estaba Elana. La presión de su visión lo estranguló hasta que no fue capaz de seguir enfrentándola. Desvió la mirada, sintiendo las palpitaciones. Apuró un encantamiento de fortaleza. Solo un anillo se iluminó en su guantelete: era algo simple, para calmar el sentimiento

opresivo. Ningún encantamiento fuera de uno o de cinco anillos podría con lo que sentía ahora mismo.

Elana yacía boca arriba en el altar. Su mirada buscando un Alban que ya no estaba allí. Ella había sido la primera en morir de... no recordaba de cuántos, aunque algo le decía que habían sido más.

-Hola, dulce hechizo. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

Alban se quitó la larga prenda de la orden. Los cinco anillos que indicaban su rango, tintinearón chocando unos con otros al moverse en la solapa del cuello. Estaba llena de bolsillos interiores y exteriores para introducir ingredientes, pociones y demás cosas útiles. La tela con la que estaba hecha, la tejían con las neblinas de la magia y podía resistir conjuros de hasta tres anillos si los bloqueabas con ella. A Alban solo le interesaba que era larga.

Tapó el cuerpo de Elana, sin mirar para evitar que la visión lo destruyera, y se tumbó a su lado. El techo cavernoso ofrecía una visión menos dolorosa.

-Me he olvidado de tantas cosas en cuarenta años -dijo con voz queda-: la cara de mis padres; mis amigos; cómo desarrollé la magia o los magos que me dieron el primer anillo... en su lugar saboreo sensaciones. Pero a ti la magia del tiempo no parece afectarte.

Alban la miró un segundo y volvió a mirar al techo tras sentir la punzada llegando a su garganta.

-Encontré la casa perfecta cerca de Lousta. -Gesticuló emocionado-. El camino real pasa cerca por lo que siempre hay guardias vigilando, aunque quizás tener el mayor rango de la orden tiene algo que ver -Sonrió-. Llené la biblioteca de libros y en el centro un sofá, traído del otro continente, como soñábamos que haríamos. Me pasaba las tardes allí leyendo, dejando siempre un espacio como si estuvieras junto a mi.

Alban se incorporó dolorido por el suelo y la poca resistencia de su cuerpo.

-Planté las flores que tanto te gustaban, itodo el jardín exterior! Te encantaría, estoy seguro. ¿Amaneris...? Amaneris Ladocurosa, ¿verdad? Te reías mucho cuando intentaba decir su nombre. Había...

Alban dejó caer sus brazos en un movimiento lento perdiendo la repentina euforia.

-Había una habitación desde la que se podía ver el centro del jardín. Amplio, conservaba bien la temperatura sin importar la estación del año. Era perfecta.

Alban sacó un pequeño muñeco con forma de mago. No más grande que el ancho de una mano. Con un guantelete que colgaba de la mano para poder colocarlo a placer. Los pequeños dedos llenos de anillos. Lo colocó encima de la toga, a la altura del pecho. Casi pudo notar el pequeño cuerpo debajo.

Un llanto lastimero salió al perder el control sobre sus emociones.

Comenzó a salir aquello que llevaba guardando dos tercios de su vida. Los fútiles intentos por calmarse terminaron en una sucesión de gritos que lo dejaron exhausto.

Aún afligido, sacó una gema transparente y fría de la bolsa de la cintura y

la depositó encima de la toga.

-Seguí nuestros planes, quizás como una forma de obtener la redención, de pasar página, y fracasé. Me siento viejo, dulce hechizo. Llevo tanto tiempo arrastrando las ganas de hacerlo, de no huir como el maldito cobarde que fui en aquel momento, y también de enmendar el error que os costó la vida a ti y a nuestro hijo. -Miró alrededor desde el altar y añadió-: Que os costó la vida a todos.

Levantó el guantelete. Mientras los cinco anillos resplandecían, su voz resonó con ecos en la cámara cuando empezó a gritar.

-Telic, aquí tienes mi sangre mortal y mi carne dispuesta para devorarla - dijo, y una de las paredes del altar se iluminó.

Alban activó el conjuro recitando la orden desde su mente. Los recuerdos estallaron en una tormenta a su alrededor. De entre todos ellos, algunos destacaban con vida propia, diferentes brillos por el poder que contenían. La magia de los recuerdos se volvía más fuerte mientras más profundas eran sus raíces.

-Telic, vuelve a este mundo, para que lo tomes en consecuencia, pues tú presencia aquí es justa y necesaria. -La segunda pared cobró fuerza. Las imágenes giraban y giraban desde el torbellino representando escenas como si pequeñas obras de teatro se crearan a la vez. Los mismos personajes se conocían, se enamoraban y compartían todo lo que la existencia puede extraer del amor. Un Alban joven y una muchacha de pelo castaño con una sonrisa que hechizaba... y entonces, la última imagen presentó a Alban convenciendo a un grupo de amigos para enfrentarse a un dios que suponía debilitado. Todos confiaban en él, Elana confiaba en él. El mayor de sus pecados desapareció en el cristal dejando el altar iluminado solo con el brillo rojo.

-Telic, yo te libero para que te alimentes con mi alma y seas un poco más fuerte. Ven, dios de la muerte.

Una forma de tonos rojos y oscuros comenzó a emerger del centro de la gran plataforma. Las letras de las paredes se desgranaron dando forma al ser.

Cuando Telic terminó de atarse a ese lugar, se movió en un borrón de velocidad y lo sujetó con las garras que tenía como manos. Lo alzó del suelo, lamiendo la sangre que caía por los cortes de las cuchillas afiladas al rozar su piel. Las dos cuencas negras que tenía por ojos, empezaron a ser rodeadas de finas líneas escarlata a medida que Telic bebía la vida de Alban. Y entonces, se abrieron, malignos e infinitos.

-Te conozco -dijo Telic al verlo-. Mataste a mis sirvientes e intentaste hacer lo mismo conmigo. ¿Dónde están ahora tus amigos? Ah, ya recuerdo, los devoré yo.

-No me hacen falta, demonio. Hoy morirás.

Telic rió, una risa cuyo eco hizo temblar las paredes.

-¿Y cómo vas a conseguir eso, humano?

Telic abrió la boca y su cuerpo se convirtió en una neblina roja que penetró en el cuerpo de Alban.

Alban sintió como perdía el control. Era un mago de cinco anillos, casi tan poderoso como los maestros de la orden, pero no era rival para semejante

monstruosidad. Después de todo, era la voluntad de un dios que su cuerpo obedeciera. Pero Alban estaba preparado.

El guantelete se iluminó y las gemas salieron al exterior, atraídas por el conjuro. Al menos diez. Las gemas se quebraron y liberaron el poder que mantenía atrapado y este lo rodeó otorgándole una fuerza inconmensurable.

-¿Pretendías ganarme así, mortal? -dijo con una voz que no era la suya. El resto del cuerpo respondía a sus deseos-. ¡Ridículo!

«No, hijo de puta -pensó-. Así».

Alban agarró la espada de Elana del suelo y se la clavó. Sus fuerzas flaquearon, pero el poder de las gemas era todavía inmenso. La sacó, la sangre saliendo a borbotones.

Alban sintió el miedo de Telic. Al parecer, embutido en un cuerpo mortal, no le resultaba tan fácil abandonar el cuerpo como poseerlo. Eso hizo que redoblara sus esfuerzos. Sacó la espada y apoyó el filo a la altura de su corazón.

-No lo hagas -dijo Telic tomando el control-. Puedo ofrecerte el mayor de los poderes o revivir a tus seres amados. Puedo...

La hoja lo atravesó.

El niño entró por el pequeño hueco. Fuera lo esperaba su hermana, demasiado preocupada por la limpieza de su vestido para bajar con él. El suelo que se había derrumbado por las tormentas de la noche anterior daba a una puerta abierta. Dentro, el niño paseó a oscuras chocando con huesos de personas que lo hicieron gritar.

-¿Estás bien? -escuchó decir a su hermana-. Voy a bajar.

-¡No bajes! -gritó él mientras caminaba-. ¡No te gustará!

Tropezó con algo en el suelo. Pequeño, sucio, pero hermoso. Se agachó y cogió el muñeco.

La niña esperaba a su hermano empujando piedras con una rama seca. Lo vio salir y esbozó una sonrisa.

-Me tenías...

La niña gritó viendo el rojo en el que se habían convertido los ojos de su hermano.